

CAPITULO XXXIX.

Una conversacion en la Real Cámara.

SATISFECHOS los reyes por el triunfo de las armas, y dando oído atento á la voz misteriosa que les incitaba á proteger á Colon para añadir á los timbres que sus armas habian adquirido los que podian conquistar con los triunfos de la ciencia, en el mismo real de Santa Fe, y en presencia del arzobispo de Toledo, de Santangel y de Diego de Deza, oyeron de los labios de Colon la narracion de cuantos adelantos habia hecho hasta entónces la geografía, y de los resultados que se prometia en su empresa, fundado en los datos conocidos.

—Dadas ya las órdenes para los preparativos de vuestra expedicion, dijo el rey don Fernando al marino, siendo muy de mi agrado saber algo acerca de los descubrimientos que han llevado á cabo vuestros antecesores, y las razones que habeis expuesto al consejo encargado de examinaros para defender vuestras proposiciones, os escucho desde ahora.

—Data, señor, de tiempo inmemorial, dijo Colon, el deseo de los hombres de comprender y abarcar con su mirada la extension del mundo, y conquistar á los que habitan en su superficie. Los viajes han sido el punto de partida de los adelantos geográficos.

Los egipcios, los fenicios, los judíos, los cartagineses, los griegos y los romanos, dieron grandes pasos por esta vía. Las

conquistas del gran Alejandro revelaron el Oriente; las de Roma, el Occidente; las de Mitridates, el Norte. Así, pues, la ambicion á la fortuna de estos conquistadores descubrió países, y estableció la comunicacion y el progreso, efecto y consecuencia del trato y relaciones de los pueblos entre sí.

—¿Y cómo llegaron á descubrir las Indias los pueblos occidentales?

—La codicia de los romanos, el deseo del lujo que se apoderó de ellos, les hizo descubrir dos caminos á la India; el uno por Alejandría, el otro por la Siria, á donde dirigian las mercancías despues de atravesar los arenales de Palmira. ¡Oh! En aquellos tiempos las artes y las ciencias llegaron á gran apogeo. Por desgracia, no tardaron en decaer las ideas emitidas por Platon, Aristóteles y Pitágoras, acerca de la forma esférica de la tierra. Estas opiniones, admitidas por los antiguos filósofos de la Grecia y por romanos tan ilustres como Ciceron, fueron objeto de burla para los ignorantes, y en aquella época se perdió la idea exacta de la configuracion del globo.

Todos oian con atencion al sabio geógrafo.

—Mis mismos examinadores, añadió, han participado de los errores del vulgo, del vulgo que en su imaginacion ha creído unas veces que la tierra era llana como una tabla; otras cóncava como una barca; deduciendo de aquí, que no podian ser habitables las regiones opuestas á las nuestras, con lo cual no podian comprender el fenómeno de la sucesion de los dias y las noches.

—Error grande han cometido, dijo el arzobispo de Toledo, los que aun suponiendo esférica la tierra, han opinado que no podia ser habitable la zona tórrida situada entre los trópicos, las zonas polares.

—Ninguna nacion ha caminado más hácia á la verdad que los árabes. Los viajes que en todo tiempo han emprendido;

los escritos que han dejado consignando sus impresiones, sus descubrimientos, vierten gran luz sobre la oscuridad en que se halla la ciencia. A ellos principalmente se deben las noticias más ciertas del Asia, á ellos el conocimiento exacto de la China.

Marco Polo despues completó las narraciones de éstos; y conociendo muchos reyes, no solo de Aragon, sino de Francia é Inglaterra, la importancia de la marina para el fomento del comercio, contribuyeron con sus disposiciones à aumentar los descubrimientos, que unas veces casual y otras intencionadamente, hacian las *naos* y galeras que salian de sus puertos.

—Y decidme, preguntó el rey, ¿á qué se debe el descubrimiento de las Canarias?

—Mis noticias, dijo Colon, son que habiéndose unido algunos andaluces y otros aventureros de Viscaya y Guipúzcoa, aprestaron una escuadra de cinco navíos, reconociendo con ella una parte de la costa de Africa, las de Fuerteventura, Canaria, Ibiza, Gomera y Tenerife, cayeron sobre Lanzarote, saquearon su poblacion, cautivaron á los reyes de la isla, y con los productos de ella volvieron á Sevilla, en donde los vendieron con gran utilidad. Pocos años despues, un frances, llamado Juan de Belancourt, conquistó estas islas. Pero preciso es confesar, señor, que la gran iniciativa de los viajes exploradores se debe á Portugal.

—A eso debe la importancia que tiene, dijo Santangel.

Y los demas le apoyaron, como un homenaje rendido á los monarcas españoles.

—Las riquezas que producía á los venecianos el comercio de perfumes, piedras preciosas y otros productos de la India, añadió Colon, excitaron en los portugueses el deseo de ha-

llar por el Océano un nuevo camino para conocer aquel país y comerciar con él directamente.

Más de dos siglos hacia que el rey envió dos navíos à reconocer las costas de Africa, hasta setenta leguas mas allá del cabo de Non.

Al siguiente año, Juan Gonzalez Arco, en otro navío, impulsado por un temporal, descubrió la isla de Puerto-Santo; dió parte de su descubrimiento al infante don Enrique, quien la mandó poblar; y no tardando en descubrir otra próxima, poblada de árboles, la dió el nombre de la isla de la Madera. Pero sus exploraciones no llegaron más que hasta la playa de los Rubios.

Once años despues avanzaron los portugueses hasta las inmediaciones de los desiertos de Libia.

Allí desembarcaron dos jóvenes intrépidos, y montados en briosos caballos, recorrieron el país y encontraron algunos hombres bazos, armados con azagayas, y les acometieron con tenacidad hasta lanzarlos tierra afuera.

Casi al mismo tiempo descubrieron el puerto de Cabaleros, el cabo Blanco, el cabo Verde y Sierra-Leona, regresando el jefe de la expedicion con más de treinta negros, que causaron gran novedad y asombro en Portugal.

Vuestras majestades saben que el Papa Martino V concedió á la corona de Portugal todo lo descubierta desde el cabo de Bojador hasta las Indias Orientales.

—En efecto; no contentos con esto, codiciaron la situacion de las Canarias.

—Era el medio más á propósito de adelantar los descubrimientos de la costa de Africa que pertenecía á Castilla.

El rey don Juan quiso apoderarse de dichas istas por fuerza, y envió una expedicion muy crecida. Pero fueron inútiles sus esfuerzos, porque los isleños de Lanzarote, creyendo que

iba á separarlos del dominio de la corona de Castilla, tramaron una conspiracion, y acometiendo contra los portugueses, reclamaron á su legítimo soberano, despues de haber sufrido dos años el pesado yugo de sus invasores.

—Sin la paz de 1471, añadió el arzobispo de Toledo, aún no habrian cesado las contiendas.

—Desde entónces, dijo Santangel, la Guinea y la mina de Oro, y la conquista de Féz, pertenecían á Portugal, miéntras las islas Canarias, conquistadas y por conquistar, son de la corona de Castilla.

—El comercio y la navegacion empezaron á florecer de nuevo; pero á la sombra de esta prosperidad, añadió el rey, á imitacion de algunos malos ejemplos, comenzó á cundir la corrupcion de las costumbres, la desobediencia de algunos grandes, la envidia de los descontentos, la codicia de unos, la venganza de otros, la sed de rapiña, la soberbia; olvidóse la lealtad debida al soberano y el amor á la patria; promoviéronse tumultos y parcialidades en el reino, y no fué posible que floreciesen las artes y el comercio. La marina recibió por entónces un golpe de muerte.

—Es gran verdad, señor, exclamó el arzobispo de Toledo; pero demos gracias al cielo, porque vuestro génio y el de vuestra augusta esposa han puesto término á los abusos, y han despertado en nuestra alma las más halagüeñas esperanzas para lo venidero.

—Las negociaciones entabladas con Portugal, dijo el rey, hacen esperar que cesarán todos los disgustos entre ambas cortes, y fomentando el comercio, que es uno de los ramos de la riqueza de las naciones, miéntras vos descubris nuevas tierras, nosotros crearemos nuevos puertos en el Mediterráneo, que serán tan importantes y tan beneficiosos como los del Océano.

—Por mi parte estoy tan seguro que realizaré mis planes, dijo Colon, que anhelo que llegue la hora de la partida para demostrar á vuestras majestades y á todos los que temen que la ilusion me engañe, que he podido cumplir mi promesa.

—¿Y cómo no, si todas las narraciones que he oido á los marineros prueban hasta la evidencia que en medio del Océano hay islas de gran extension y de una fertilidad asombrosa? Pedro Velasco, mi vecino de Palos, me ha dicho en el monasterio de la Rábida, que habiendo partido al Frayal, y habiendo andado ciento cincuenta leguas por el mar, descubrió á su vuelta la isla de las Flores.

A otros marineros he oido que caminando á Irlanda, desviados de su derrotero por una tempestad, se encaminaron tanto hacia el NO., que descubrieron una tierra, la cual se figuraron ser la Tartaria, y era la Terranova.

Los andaluces, los gallegos y los vascongados, audaces marinos, han hecho expediciones muy lejanas, se han perdido en medio de la inmensidad del mar, y los indicios que han hallado en las aguas les han demostrado que no estaba la tierra á mucha distancia del punto á donde habian llegado sus naos.

—No duden vuestras majestades que hallaremos un camino directo para las Indias, y no solo esto, sino vastos territorios en donde vuestras majestades podrán llevar á cabo una mision grande, sublime, la de difundir la fe cristiana.

¡Oh! sí; no sé por qué me dice mi corazon que no está reducido pura y simplemente el papel que voy á desempeñar en este viaje á aumentar con nuevos territorios los dominios de la corona de Castilla, sino que voy á tener ocasion de defender las santas doctrinas del cristianismo en multitud de poblaciones que viven en la oscuridad de la idolatría.

Creíase elegido por el cielo para realizar este glorioso designio, y difundir en los confines de la tierra la luz de la civilizacion.

— No hay duda, se decía, soy el instrumento elegido por la Providencia para llevar á cabo una de las sublimes predicciones de las Escrituras.

Don Fernando escuchó con satisfacion aquel lenguaje entusiasta.

La religion servia á sus intereses, y con motivo de la reciente conquista de Granada, se habia convencido de que extender la dominacion de la Iglesia, era para él un medio eficaz de ensanchar sus Estados.

Con arreglo à la doctrina de aquellos tiempos, toda nacion que se negaba á realizar las verdades del cristianismo, tenia por enemigo natural las potencias cristianas, y no falta quien crea que el rey, al escuchar á Colon, se entusiasmase más con la descripcion de las riquezas del Mangi, del Cathay y de otras provincias del reino del Gran Kan, que por el deseo de convertir á este soberano y á sus súbditos.

Isabel abrigaba sentimientos más nobles.

Un generoso entusiasmo la animaba à llevar á cabo esta obra civilizadora; razon por la cual, aunque por motivos diferentes, llegaron á estar de acuerdo ambos esposos, y resolvieron confiar á Colon, ántes de su partida, cartas para el gran Kan de la Tartaria.

El arzobispo de Toledo y Santangel, participaron del entusiasmo que se habia despertado en los reyes, y aceptaron uno y otro con verdadera uncion el proyecto que expuso Colon de que las riquezas que proporcionase con sus descubrimientos, se dedicasen á sufragar los gastos de una cruzada para arrebatar el Santo Sepulcro de las manos de los infieles.

Este proyecto, como recordarán mis lectores, lo habia concebido despues de haber hablado con los frailes franciscanos que llevaron á los reyes una embajada del Soldan, y al partir fueron acompañados por Martin Carrasco.

El génio, que abrigaba aquel mismo pensamiento, declaró que, aunque no adquiriese los tesoros que se proponia hallar, haria los mayores esfuerzos para llevar á cabo una empresa tan poderosa como grande.

Con gran fe hablaba el futuro descubridor del nuevo mundo.

La idea de salvar del poder de los musulmanes el Santo Sepulcro, estaba tan arraigada en su ánimo, que era, por decirlo así, uno de los mayores estímulos de la ambicion de este gran hombre.

Toda su vida pensó en él, y hasta en sus últimos momentos lo recordó.

Los descubrimientos para él, no eran más que un medio de realizar este grandioso fin.

Satisfecho Colon de los reyes, y éstos contentos de haberle dado su proteccion, porque cuanto más le trataban, más admiraban las nobles prendas de que estaba dotado, se separaron anunciándole que muy en breve podria darse á la vela desde el puerto de Palos.

Un acontecimiento que tuvo lugar por entónces, retrasó la partida de Colon.

Aludo á la expulsion de los judíos aconsejada por el inquisidor Torquemada, el cual, poseido de un celo exajerado y de una fe en extremo intransigente, fué causa de que en aquella época de prosperidad para España, destruyera los principales elementos de riqueza del país.